



REVISTA
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

ISSN: 0120-2367

Fundador

Alfonso Mora Naranjo

Rector

Mauricio Alviar Ramírez

Vicerrector de Extensión

José Edinson Aedo Cobo

Jefe Departamento de Extensión Cultural

Oscar Roldán-Alzate

Director

Elkin Restrepo

Asistente de dirección

Janeth Posada Franco

Diseñadora

Luisa Santa

Auxiliar administrativo

Diego Fernando Castañeda Vergara

Corrector

Diego García Sierra

Comité editorial

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,

Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,

César Ospina, Margarita Gaviria, Luz

María Restrepo, Alonso Sepúlveda,

Nora Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

Impresión: Panamericana Formas e
Impresos S.A.S.

Calle 65 No. 95-28 Bogotá, D.C.

Colombia

Teléfonos: 4302110 - 4300355

Fax: 2763008 - A.A.: 095557

Correspondencia y suscripciones:

Departamento de Publicaciones,

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14

Fax: (574) 219 50 12

revistaudea@udea.edu.co

Página web

www.udea.edu.co/revistaudea

Versión digital

www.latam-studies.com

http://oceanodigital.oceano.com/

Publicación indexada en:

MLA, Ulrich's, CLASE

Canje: Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjeydonacionbiblioteca@

udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no

se hace responsable de los conceptos y

opiniones emitidos en los artículos, los cuales

son responsabilidad exclusiva de los autores.

minísculas



Una felicidad terrorífica

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

La felicidad nos llama desde las pantallas. En la televisión, las familias alegres pueblan las propagandas, las presentadoras muestran sus piernas mientras cuentan las vidas de “los famosos”, y como simples espectadores de la sociedad del espectáculo esperamos la boda en la telenovela y anhelamos el final de la película luego de que el protagonista haya vencido mil obstáculos. Si encendemos el computador, nos llegan también vínculos que buscan provocar sonrisas: desde las ofertas del día y los videos divertidos hasta los últimos estrenos en cine. A juzgar por tales imágenes, nunca la especie humana había tenido tantas razones para ser feliz. ¿Y es que no es la búsqueda de la felicidad personal la máxima promesa, el derecho último de nuestras sociedades democráticas?... Pero ¿sobre qué bases se erige esa felicidad? Y ya en esa pregunta hay una advertencia: si el lector quiere conservar su nivel actual de alegría es mejor que se

detenga aquí, pues es probable que más adelante encuentre razones para sentirse menos feliz, ya que este artículo quiere ir más allá de lo individual y acercarse a lo macro. Y mientras más macro sea la mirada, menos razones se tendrán para sonreír, y también menos inocente podrá considerarse uno mismo.

Veamos solo dos ejemplos de datos macro, uno sobre la naturaleza y otro sobre la sociedad. El primero, un estudio liderado por las universidades de Stanford, Princeton y Berkeley y publicado en la revista *Science Advances*, confirma que la tierra ha entrado en su sexta extinción masiva de especies, la última desde la desaparición de los dinosaurios hace 65 millones de años. A pesar de utilizar cifras muy conservadoras, los investigadores verifican que en el último siglo han desaparecido tantas especies animales como las que antes desaparecían en varios milenios, y el ritmo va acelerándose cada vez más, gracias a que la actividad humana indiscriminada a escala global ha tenido consecuencias letales para muchas especies, desde el calentamiento global hasta una depredación de la biósfera que ha reducido el área habitable del planeta tanto en la superficie como en el océano. Es probable que para nuestros nietos, si estos sobreviven a un cambio ecológico tan grande que sus consecuencias finales resultan imposibles de predecir hoy, el coral, los elefantes o los tigres sean animales tan míticos e irreales como los dragones y los unicornios lo son hoy.

El segundo, el informe de Oxfam “Wealth: Having It All

and Wanting More” (Riqueza: teniéndolo todo y queriendo más), presentado en el Foro Económico Mundial en Davos, Suiza, donde se reúnen los principales líderes empresariales, financieros y políticos. Allí se afirma que hoy los 85 billonarios más ricos tienen tanta riqueza como la mitad más pobre de la población mundial, esto es, tanta riqueza como 3.500 millones de seres humanos. Y como esta tendencia se ha ido acelerando a pasos agigantados (en 2010 se necesitaban 388 billonarios para alcanzar esa misma proporción), esto significa que el próximo año, 2016, el 1% de la población va a poseer el 51% de la riqueza mundial, mientras que el 99% restante tendremos que repartirnos el 49% que queda.

¿Y qué tiene que ver esto con el ciudadano común y corriente? Todo, porque ese ciudadano, cada uno de nosotros, es el vínculo entre ambos eventos, que se alimentan a sí mismos como una serpiente que se muerde la cola. Podríamos poner ejemplos a partir de la ropa que nos ponemos o la comida que comemos, pero como esto se relaciona ante todo con un sistema de producción y consumo del que los países “desarrollados” son el máximo exponente (se necesitan 4 colombianos o 20 afganos para dejar la misma huella ecológica que un estadounidense o un danés promedio, así que necesitaríamos cuatro planetas Tierra para que todos tuviéramos ese nivel de consumo de recursos), elijamos como ejemplo uno de los símbolos de la cercanía a ese “desarrollo”: el *smartphone* o teléfono

inteligente. En la publicidad se nos muestra la cara de felicidad que tendremos al adquirirlo y cuánto se simplificará nuestra vida por tenerlo. Y si preguntamos en la tienda, se nos dirá su costo en dólares o pesos. Pero no se nos dirán otros costos, los costos ocultos, que solo haciendo un verdadero esfuerzo podremos obtener. No sé nos dirá por ejemplo que un minuto de conversación emplea la misma energía que se necesita para producir una manzana, o que anualmente, usando una hora diaria el teléfono para conversar, dejaremos la misma huella de carbono que tomando un vuelo comercial entre Londres y Nueva York (o si se quiere, un acumulado en gases de invernadero equivalente a 1,25 toneladas de dióxido de carbono, según cifras del periódico *The Guardian*; la misma cantidad que generan todas las actividades de un estadounidense promedio en 20 días, un colombiano en más de 9 meses y un hindú en dos años y medio). Ni se nos dirán las condiciones de trabajo de los obreros que producen tales aparatos y que hacen tan rentable el negocio, ni la deforestación, la polución e incluso los conflictos armados que ha provocado la extracción de los metales raros necesarios para sus componentes. Ni, menos aún, se nos informará sobre la contaminación que provocará el cambiar el teléfono que ya teníamos por otro nuevo. Y al comprarlo, dada la diferencia entre los costos de producción y el precio final que paga el consumidor, así como la fracción de este monto que se llevan las compañías de publicidad y los

servicios financieros que “facilitan” la compra, aumentaremos aún más el índice de inequidad, y continuaremos contribuyendo a esto mes tras mes cuando le paguemos a la corporación que nos brinde el servicio de telefonía. Y el *smartphone* es apenas una muestra, así que la solución no es tan simple como dejar de usarlo, pues este es una mínima parte de nuestra huella ecológica y social como individuos, ya que casi todo lo que queremos o necesitamos para vivir o ganar nuestro propio sostenimiento sale del mismo ciclo.

¿Qué puede hacer el ciudadano común frente a ello? La verdad, poco más que racionalizar su propio consumo y comprar objetos con la idea de que duren en lugar de buscar cambiarlos al modelo más reciente a la primera oportunidad. Por ahora, ni siquiera el voto es realmente importante, pues las decisiones más relevantes sobre las que se sostiene el sistema global de producción y consumo son tomadas a puerta cerrada, lejos de los titulares de los periódicos, por “expertos”, tecnócratas y gerentes que no han sido elegidos democráticamente y que han sido nombrados para esos puestos precisamente porque creen en las bondades del sistema de producción y en un derecho ilimitado a la felicidad del consumo para quien pueda permitírselo. La única acción significativa que nos queda es crear conciencia sobre los terrores que nos aguardan, esperando que esa conciencia general consiga alcanzar un punto crítico que pueda hacer del voto algo útil, antes de que otras presiones que

se están acumulando a nivel global, tanto en lo ecológico como en lo social, alcancen su propio nivel crítico y nos lleven a situaciones que harán parecer juegos de niños los paisajes desolados luego de las erupciones volcánicas o los terrores asociados a la Revolución francesa, las dos primeras guerras mundiales, el estalinismo o los grupos radicales islámicos. Y es que aunque por ahora poco pueda hacerse más que mirar la gran fiesta, denunciar sus excesos y planear desde ya el cambio, como hicieron los filósofos y políticos romanos críticos —como Séneca, Lucano y Pisón— mientras Nerón hacía sus orgías, sí podemos, desde el rol que sea, como padres, hermanos, profesores, artistas o investigadores, tratar de cultivar la inteligencia crítica. Una decisión cotidiana que sí tiene importancia, pues cualquier esperanza de cambiar el curso a tiempo, o de un renacimiento en caso de que choquemos con las consecuencias de nuestros hábitos, dependerá de vencer la ignorancia de los costos que yacen ocultos tras las sonrisas estúpidas que nos tientan desde las pantallas. ■

agarlon@hotmail.com



Terremoto en las nieves

IGNACIO PIEDRAHÍTA

La cordillera del Himalaya tiene la forma de un arco suave cuyo trazado marca los límites fronterizos entre China y los países de India, Nepal y Bután. La parte de China corresponde a lo que actualmente se conoce como la Región Autónoma del Tíbet, una meseta elevada del tamaño de toda Colombia, pero con una altura promedio de 4.500 metros sobre el nivel del mar. En cambio, del lado de los otros tres países la geografía está marcada por un ascenso gradual, aunque fuerte y sostenido, desde las calurosas planicies del Ganges hasta las nieves perpetuas. El territorio de Nepal, en particular, es una gran falda que en una distancia de menos de 200 kilómetros va desde 70 metros de altura, en el fértil valle del Terai, hasta los 8.848 que tiene el monte Everest. Gracias a su geografía, Nepal se ha convertido en la ruta principal de los escaladores al Himalaya y de caminantes en general, así como Katmandú, con sus templos y

tradiciones, en una meca del turismo internacional.

Sin embargo, Nepal no la ha tenido fácil desde su independencia de Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial. La influencia china de un lado, y la de India por el otro, lo han mantenido en un tira y afloje político entre la monarquía, el comunismo y la democracia, que terminó en guerra civil entre fuerzas del gobierno y las guerrillas maoístas. Después de un acuerdo de paz en 2006, una incipiente democracia intenta poco a poco consolidarse. De los 31 millones de nepalíes, solo un 20 por ciento vive en las ciudades, el resto es una población rural que pertenece a decenas de etnias que hablan sus propias lenguas y que habitan en enclaves geográficos retirados, muchos de ellos en pequeños valles más cercanos al silencio de las cumbres que al creciente bullicio de Katmandú. Este fue el escenario que golpearon los terremotos de abril y mayo.

El Himalaya es una cordillera joven comparada con otras de tamaño similar. Se cree que solo en los últimos 600 mil años se convirtió en la más alta del mundo. Sus montañas comenzaron a levantarse cuando el subcontinente indio chocó contra lo que era Asia hace 50 millones de años. Las rocas con fósiles del fondo del mar de Tetis, que separaba a ambos continentes, fueron ascendiendo como producto de esta colisión hasta quedar suspendidas a más de 5 mil metros de altura, a lo largo de toda la meseta tibetana e incluso en cimas como la del mismo Everest. Esta pugna

continental todavía continúa y continuará, mientras las dos placas se hacen añicos en unas partes y se levantan en otras, pues India sigue empujando hacia el norte a una velocidad de casi 5 centímetros por año, sin importarle la resistencia que le opone el continente asiático. De modo que con el paso del tiempo se van acumulando los esfuerzos hasta que, en algún momento y lugar del subsuelo, la resistencia de las rocas es vencida y se libera una energía que sacude la cordillera. Se calcula que esa liberación ocurre en promedio cada 600 años.

Pese a esta contienda en el subsuelo, la paz que se vive en la cordillera parece emanar directamente de la tradición budista. Sus gentes viven de una agricultura escasa y del pastoreo en tierras altas, que implica subir con los rebaños en verano y bajar a los valles en invierno. Una de estas etnias son los sherpas, a quienes les tocó en suerte vivir a los pies del pico más alto de la Tierra. Solo con ayuda de estos hombres acostumbrados al frío montañés pudieron los ingleses coronar el Everest, pues les sirvieron no solo de cargadores sino también de guías en las cascadas congeladas y en las traicioneras grietas de los glaciares. En 1953 se hizo justicia cuando los dos primeros en llegar a la cumbre fueron un neozelandés y un nativo, Edmund Hillary y Tenzing Norgay. Desde entonces el pico se convirtió en lugar de peregrinación de la escalada mundial, y gracias a los equipos y a la logística modernos, entre quinientas y seiscientas personas lo remontan hasta la cima cada

año. Con el trabajo que demandan en la actualidad las expediciones, los sherpas se dedicaron por entero al turismo de alta montaña. Y con el dinero que deja el trabajo en la temporada, entre abril y mayo, consiguen para el resto del año.

Sin embargo, esta primavera las cosas no fueron apacibles en la cordillera. Barrios enteros de construcciones hechas se vinieron abajo en Katmandú, mientras que en los lugares apartados los pueblos quedaron no solo afectados directamente por movimientos del terreno sino más aislados de lo que ya eran por el colapso de rocas en los caminos. Al pie del Everest, expediciones enteras quedaron atrapadas en los senderos de alta montaña y algunos escaladores, locales e internacionales, murieron sepultados por avalanchas. En todo el país murieron casi 9 mil personas y quedaron heridas más de 22 mil. Proporcionalmente hubo más víctimas en la ciudad, lógicamente, que también fueron atendidas con más rapidez. En la montaña, sin embargo, solo los turistas fueron evacuados al instante por helicópteros, y de un día para otro las rutas al Everest y otros picos monumentales quedaron vacías como décadas atrás, cuando solo los escaladores experimentados y los sherpas se atrevían a conquistar las alturas. Tras el terremoto, muchos de esos escaladores profesionales permanecieron en Nepal, y esta vez se unieron a los sherpas no para doblegar a la montaña buscando la gloria personal, sino para restablecer los caminos y llevar alimentos y

medicinas a los más de 75 mil nepalíes que viven donde solo a pie se puede llegar. En esta primavera, los escaladores y más de 5 mil sherpas contratados por las ONG y organismos de atención debieron hacer historia de otra manera. ■

agromena@gmail.com



Por qué me gustan las *Confesiones* de San Agustín

H. C. F. MANSILLA

A una edad muy madura San Agustín (354-430 d. C.) escribió sus *Confesiones*, obra de fuerza imperiosa y carácter enteramente original. No hay duda de que San Agustín, inventor del género autobiográfico, exploró con suma perspicacia las posibilidades y los límites de nuestra memoria y nuestros recuerdos. Debo a San Agustín la convicción —la base de sus *Confesiones*— de que el alma humana es ambivalente: los propósitos más nobles conviven con los apetitos más abominables, los motivos más puros con las intenciones más turbias. Las ambigüedades de nuestro

espíritu se originan en el ansia ilimitada de saber, que es, al mismo tiempo, un ansia irrestricta de poder. Dice este notable Padre de la Iglesia: el edificio de la consciencia tiene sótanos, recovecos y torreones, todos ellos con olores fétidos y apetitos repugnantes, que la mente racional no quiere reconocer como tales. Pero el alma encierra también el anhelo de conocer y amar a Dios y de vivir de acuerdo con Sus mandamientos. Este deseo empieza desde la profundidad de los fosos del pecado y del orgullo. Y esta es nuestra esperanza: del fondo de nuestro error puede emerger la luz del mejor conocimiento.

La parte más conocida de las *Confesiones* narra el profundo amor que el santo tenía por su compañera de vida, por la existencia familiar con ella y la compañía del hijo común. En forma conmovedora San Agustín describe una relación que fue enteramente satisfactoria en la esfera erótica, en el terreno estético y en el plano más arduo de lograr: la convivencia cotidiana. Y, sin embargo, la perfección de este vínculo fue precisamente lo que impedía el acercamiento de San Agustín a las verdades teológicas y a las labores eclesiásticas. La calidad excepcional de aquel nexo transformaba la preocupación por Dios en algo secundario y ocasional. Creo que hay algo de muy heroico y noble en la decisión de San Agustín de abandonar a su gran amor terrenal —y hacerlo con un dolor que nunca declinaría— para consagrarse a metas que a él le parecían superiores. En las *Confesiones* se percibe claramente lo que le costó

aquella determinación. Hoy, en un mundo tercamente materialista y hedonista, la actuación de San Agustín nos parece una tontería o, por lo menos, algo anticuado e incomprensible. Pero sin aquella renuncia el santo no hubiera escrito las *Confesiones* y tampoco la *Ciudad de Dios*, no habría conocido tan claramente las profundidades del alma humana y no sería considerado como el precursor del existencialismo y del psicoanálisis. Es decir: para nosotros su sacrificio personal puede ser visto como una acción muy positiva para el progreso del intelecto humano y para conocernos mejor a nosotros mismos.

Solo después de leer y releer las *Confesiones* durante mi época estudiantil en Alemania (1962-1974) —en medio de modas intelectuales signadas por un renacimiento del marxismo radical— me di cuenta del desamparo constitutivo del ser humano. Este Padre de la Iglesia se percató tempranamente de algo que se repite sin cesar: el anhelo de brillar en el campo de la política y los asuntos públicos es otra forma del instinto de poder, del deseo de servirse de otros seres humanos para fines propios y egoístas. Como lo dijo posteriormente Max Weber, el que se consagra a la política cierra un pacto con el diablo. Por otra parte, San Agustín nos recuerda que en los albores mismos de la creación intelectual el divino Homero nos mostró que la historia de los hombres es una cadena ininterrumpida de fatalidad, sufrimiento y miseria. La *Iliada* representa un testimonio temprano de que la vida

humana consiste en la experiencia continuada de pena, pasión y desacuerdo. Lo poco que sabemos —por encima de nuestras diferencias— es que los seres humanos estamos expuestos al mismo destino: incierto y a menudo cruel. San Agustín me enseñó que la vida es, en el fondo, el enlace precario de pequeños fracasos diarios, pero que, simultáneamente, tenemos que ser impermeables al desaliento y a la pesadumbre, porque debemos centrarnos en la búsqueda de soluciones prácticas, inspirados por la idea de que Dios no abandona a Sus criaturas. El trabajo cotidiano es una especie de consuelo y una fuente de sentido. Una buena parte de nuestras dificultades reside en nuestras flaquezas subjetivas, que son, por lo tanto, superables a través de afanes sostenidos. Es una bella teoría, sin duda alguna, que otorga poco margen al desánimo, pero que pasa por alto los obstáculos de naturaleza objetiva.

De todas maneras, San Agustín, adelantándose a la Escuela de Frankfurt, nos muestra que una parte importante de la filosofía política examina al individuo como un ser indefenso expuesto a los avatares de las sociedades modernas: la persona sometida al sinsentido de la historia y el destino, el ser pensante topándose con las perversidades del colectivismo, las tonterías de la opinión pública y las maldades del prójimo. Y este Padre de la Iglesia vislumbró que la solidaridad entre los mortales nace de esa experiencia de la soledad, el abandono y la incertidumbre, es decir de fenómenos que a todos nos toca sobrellevar más

tarde o más temprano. Esa solidaridad frente al curso del tiempo —el gran destructor— es la que debería promover un entendimiento sensato entre los hombres. Un pesimismo consciente y crítico nos puede ayudar a evitar los extremos, lo que constituye de por sí una pequeña victoria de la razón. ■

hcf_mansilla@yahoo.com



Arriba y abajo

PALOMA PÉREZ SASTRE

Hace algún tiempo soy una de esas personas que se ven desde la calle tras el cristal de un gimnasio, moviéndose como muñequitos frenéticos encima de una máquina. ¿Cómo caí tan bajo? Pues, un buen día la sistólica y la diastólica empezaron a subir, seguidas por la aguja de la báscula y uno que otro indicador de laboratorio. Había que atajarlos. Entonces, heme aquí sumisa y forrada en lycra, quién lo creyera.

Esta montaña mágica contemporánea está en el cuarto piso de un centro comercial.

No es propiamente uno de esos gimnasios en los que la gente exhibe sus formas y su ropa deportiva de marca; se trata de recuperar la salud o de evitar perderla. Señores y señoras, pocos jóvenes. Aun así, el erotismo no está del todo ausente; los juveniles terapeutas tienen sus complicidades entre ellos y con algunos pacientes. Una que otra vez aparece alguien atractivo. Hoy, por ejemplo, advertí una cabeza canosa interesante sobre una bicicleta estática; y cuando mi mirada siguió su recorrido descendente por un cuerpo bien hecho, tropezó con una pierna metálica. Tan armónico es todo él, que hasta me pareció que la prótesis le sale. La terapeuta se dio cuenta de mi asombro; le sonreí como disculpándome y me dijo, para más rubor: “Todas están matadas con él. Tranquila que usted no es la única”. Vaya consuelo.

Tres veces por semana, hora y media de tortura que empieza con la toma de presión arterial, pulso y saturación; después, trece minutos de exhibición en la pecera de vidrio en el caminador, dos series de cuatro ejercicios por quince veces, más una de tres por tres. Pesas, elásticos, máquinas, sentadillas, velitas, ¡abdominales! Posturas ridículas, gente al lado de uno, demasiado cerca en el tapete colectivo, resoplando y hasta gimiendo... Espantoso. Mientras tanto, esa suerte de sargentos, vigilan aquí y allá que los movimientos y los pesos sean los correctos, que los números de los contadores de las máquinas correspondan a lo ordenado. Al final, otro cuarto de hora de vitrina en la escaladora

y toma de niveles para quedar libres, pero la eficacia del tratamiento no reduce la condena.

Desde la pecera, sobre la avenida que conduce a Envigado, puedo ver en primer plano un antejardín con almendros y cascotes de vaca; luego la acera, una franja de grama y la calzada que va al sur. En el separador hay una serie de chiminangos altos y frondosos que forman un túnel verde. Hace poco los iban a talar para eliminar el separador y ampliar la avenida, pero los vecinos enfrentaron a la municipalidad con una inmensa y decidida acción popular. Los chiminangos huelen a orines cuando llueve y los habitan unos insectos verdes a los que en mi infancia llamábamos helicópteros porque tienen una especie de cuerno en la cabeza, distinto en los machos y en las hembras. Los vidrios de la pecera son gruesos, fríos y sordos, pero puedo imaginar el ruido del tráfico, la salpicadura de las llantas en los charcos y el olor de los chiminangos después de un aguacero.

El tiempo va lento. Distraerse con la música —mucho reggaetón, poco rock suave—, o pensar en otra cosa serían buenas opciones, si no se perdieran las cuentas. En las máquinas de la vitrina es distinto, ellas se encargan de los números, que pasan despacio, muy despacio, pero liberan la mente. Por la avenida, carros blancos, negros y grises; al otro lado, el movimiento de la estación de gasolina; más allá, las montañas taladas llenas de edificios. Falsa rubia con tetas, nalgas y labios falsos entra al parqueadero del centro comercial conduciendo

un Audi. La acera parece ser el territorio de la vida suave: señor con perrito, pareja de viejos, chico en bicicleta, mujer embarazada, ¿cómo puede uno embarazarse en un mundo de extremismos y pilotos suicidas? Asimilo el conteo de la máquina con el del avión en los Alpes. Ocho minutos es mucho tiempo, ¿qué haría? ¿Abrazar a M. y decirle cualquier cursilería, tomarme de una toda la botella de vodka, gritar como si estuviera en una montaña rusa, calcular el monto de los seguros? Bien visto, no es mala idea morir así, ¿quién no ha querido estrellarse contra el mundo o estrellar al mundo? La máquina se detiene despacio, ya puedo bajar los pies a la tierra; al piso del gimnasio, digo. 

stareperez@gmail.com
Profesora de la
Universidad de Antioquia



Hace ochenta años

LUIS FERNANDO AFANADOR

La historia no recuerda especialmente el año de 1935. Sin embargo, al hacerle un rápido paneo aparece más de un hecho revelador o digno de recordar: Gerda Wenstendorp Restrepo ingresa a la Universidad Nacional a estudiar medicina. Es la primera mujer colombiana que es aceptada en una universidad, aunque no es la primera en graduarse: Gerda, hermanastra de Camilo Torres, el cura guerrillero, cambió la medicina por la filología y los idiomas y se graduó después de la abogada Ana Galvis Hotz. Otra colombiana, la historiadora Mercedes Gabrois de Ballesteros, es la primera mujer en ingresar a la Academia Española de Historia.

Aires liberales recorren el mundo. Franklin D. Roosevelt, presidente de Estados Unidos, en pleno New Deal —el acuerdo que reactivó la economía luego de la gran depresión de 1930— propone una política de “buen vecino” con soberanía de las naciones y no intervención. En Colombia, el

revista
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**



[www.udea.edu.co/
revistaudea](http://www.udea.edu.co/revistaudea)

 /revistaudea

 @revistaudea

Suscríbete
CUATRO NÚMEROS, SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO
 revistaudea@udea.edu.co

presidente López Pumarejo, con su gobierno de la Revolución en Marcha, promueve reformas sociales y no reprime las protestas ni las huelgas de los trabajadores. Aunque las tendencias conservadoras no duermen: los ricos propietarios, miembros de los dos principales partidos, el Liberal y el Conservador, fundan la APEN —Acción Patriótica Nacional—, una liga que, según un manifiesto leído en la emisora Colombia Broadcasting, propone “iniciar en Colombia un movimiento de orden, de cordura, paz y trabajo por aquellos de sus hijos que solo desean para ella su prosperidad y engrandecimiento dentro del más alto concepto de la justicia”. En realidad, lo que pretenden es cerrarle el paso a las reformas sociales. Pero no solo con palabras, también con vías de hecho: en Duitama decomisan una gran cantidad de armamento que va a ser utilizado en otra revuelta conservadora. Laureano Gómez, senador y jefe del Partido Conservador en la oposición, invita al “atentado personal” y a “hacer invivable la república”, lo cual no es tarea difícil: el 4 de abril, en la población de El Guamo, Tolima, liberales y conservadores se enfrentan a bala y machete dejando en las calles más de veinte heridos. El energúmeno Laureano sufre un síncope mientras adelantaba un debate contra el gobierno por firmar el protocolo de Río que había dado fin al conflicto entre Colombia y Perú.

Para acabar con el lastre de los regeneradores en la educación —¡cincuenta años

de conservatismo!—, López Pumarejo asume la reforma universitaria como un compromiso ineludible del Estado y garantiza la libertad de enseñanza. Se ven profesores jóvenes vinculados por concurso y se empieza a gestar la idea de la Cultura Aldeana que lleva libros de autores colombianos a las regiones del país. En aquel año laico de 1935, la modernidad también hace su aparición en los colegios y en los claustros universitarios.

Liberalismo entre cantos fascistas y falangistas. En el mundo ocurre lo mismo: Mussolini invade Etiopía y los alemanes se arman —derogan el Tratado de Versalles— y declaran a los judíos ciudadanos de segunda. Las tropas japonesas invaden las provincias chinas de Peiping y Tientsin. Los comunistas responden: en España conforman un frente popular para detener a los monárquicos en las elecciones; Mao Tse-tung termina su “larga marcha” con el Ejército Rojo, iniciada un año atrás desde el interior de China y la cual terminará llevándolo al poder. Se recrudece la guerra del Chaco, entre paraguayos y bolivianos, pero a la gente le importa más la separación entre Mary Pickford, “la novia de América”, y Douglas Fairbanks.

En Medellín se viene abajo el techo del Teatro Alcázar: mueren ocho personas y quedan heridas otras cuarenta. Una de las víctimas es el periodista Jaime Barrera Parra, del diario *El Tiempo*, considerado “el mejor cronista colombiano”. En Bogotá, el profesor Karl Brunner diseña un plan urbanístico que transformará la ciudad.

En Nueva York, la nieve alcanza 18 pulgadas y la temperatura baja a 75 grados.

Nace Estanislao Zuleta y muere su padre en el mismo avión de Carlos Gardel. Una gran tragedia que sin embargo no es la peor de 1935: el dirigible estadounidense Macon, considerado el más grande del mundo, y que tuvo un costo de dos millones de dólares, se pierde en el Pacífico durante un vuelo de prueba, con 94 tripulantes. Mueren 45 personas al estrellarse contra un caza, cerca de Moscú, el Máximo Gorki, el avión militar más grande del mundo. Los accidentes no parecen amilanar los deseos de conquistar los cielos: el aviador estadounidense Wiley Post hace el primer vuelo por la estratosfera y atraviesa Estados Unidos en ocho horas. Pese a que se le congeló el aceite y se le desprendió el tren de aterrizaje, logró aterrizar cerca de Cleveland, Ohio. Amelia Erhart bate un nuevo récord: vuela en catorce horas sin escalas desde Ciudad de México hasta Nueva York. Y un injusto colofón en ese año aeronáutico: es condenado a muerte, sin probarse su culpabilidad, Bruno Hauptmann, acusado del secuestro y asesinato del hijo de Charles Lindbergh, uno de los personajes más famosos de la aviación.

Nace Woody Allen, un judío, y muere en París el militar Alfred Dreyfus, otro judío, protagonista del *Affaire Dreyfus*, uno de los escándalos políticos más sonados de la historia de Francia, relacionado con el antisemitismo. Pero hay otra muerte que personalmente me

conmueve más, la de Fernando Pessoa: porque fue varias personas. Muere a los cuarenta y siete años, en aquel año turbulento —¿y acaso cuál de la historia humana no lo ha sido?— dejándonos un baúl repleto de manuscritos, una caja de Pandora de la que han salido obras perdurables como *El libro del desasosiego*: “Mi alma es una orquesta oculta; no sé qué instrumentos tañen y chirrían, cuerdas y arpas y tímboles y tambores, dentro de mí. Sólo me conozco como sinfonía”. ■

afanadorluis@outlook.com



El mayor coleccionista de cómics del mundo

ÁLVARO VÉLEZ

Ser coleccionista es una actividad apasionante, rigurosa, aplastante y angustiada. Debe haber una especie de neurosis en la persona que convierte en una obsesión el juntar objetos —qué importa de qué tipo sean estos—, y clasificarlos ayudado por la fecha de su fabricación, por quién lo construyó o creó, por el lugar en donde fue hecho o por alguna

anécdota relacionada con esas tres variantes.

Wimbledon Green es un sujeto de esos, un coleccionista que ha hecho de su vida una obsesión por poseer los más singulares cómics de la llamada época de oro. Historietas de la década de 1940 en formato de *comic-book* son su objetivo; recorrer infinidad de lugares en busca de las piezas que le son esquivas, sobre todo aquella historietita que se le ha escapado toda su vida y que persigue como quien busca el Santo Grial. Estamos en presencia pues del mayor coleccionista de cómics del mundo, el mismo Wimbledon Green se ha autonombrado así, aunque algunos de sus adversarios en el coleccionismo de historietas no están del todo seguros pues, incluso, lo han llegado a acusar de maniobras poco leales, y poco legales, para conseguir ejemplares y colecciones enteras.

Tal personaje merecía una historia larga y tendida. Por eso ha sido el dibujante canadiense Seth (seudónimo de Gregory Gallant, 1962) quien se ha encargado de sacarlo de sus cuadernos de bocetos, en donde fue creado y en donde la historia tomó vuelo, hasta convertirlo en un libro. *Wimbledon Green* (Ediciones Sinsentido, Madrid, 2011, para la edición en español) es una obra que retrata justamente ese mundo del coleccionismo en cómic, con la ayuda de una muy entretenida historia acerca de este personaje de ficción, sus aventuras y la rivalidad con otros coleccionistas de historietas.

Esta es una obra un poco diferente a las que nos tenía

acostumbrado Seth en libros como *La vida es buena si no te rindes*, y es el inicio de un díptico que se completará con *George Sprott 1894-1975*. Seth muestra en *Wimbledon Green* una narración fragmentada en donde el lector pasa de ser espectador de las aventuras de búsqueda y rivalidad con los demás coleccionistas, a sentarse y escuchar la opinión de un librero, de un simple lector de historietas o de uno de sus rivales acerca de la misteriosa vida de Wimbledon Green. Además, el relato sufre cambios de tiempo en los que, muchas veces, retrocedemos para conocer algún detalle clave acerca del mayor coleccionista de cómics. De esta forma vamos desentramando la misteriosa, desparpajada y excéntrica personalidad de Wimbledon Green.

La historietita está construida en un montaje de pequeñas viñetas (en algunos casos hasta veinte por página), en donde el detalle se sacrifica por la acción y el ritmo que lleva la historia. El dibujo también es un poco simple, en parte por el tamaño reducido de las viñetas, y recuerda mucho esas historietas de los años veinte, recopiladas luego en unos *protocomic-books* por allá en los treinta y cuarenta, que llevaban el nombre de *funnies*. Todo esto privilegia la historia que Seth quiere contar, todo un asunto de obsesión por las publicaciones de cómic: la rivalidad entre grandes coleccionistas; las huidas, persecuciones y reencuentros desagradables entre enemigos de afición; las anécdotas alrededor de los hallazgos y pérdidas; la satisfacción de encontrar un

ejemplar que se creía perdido; la búsqueda incansable de ese Santo Grial del cómic y el más deseado anhelo por ser el único que tenga la más grande colección de historietas del mundo.

Pero también el montaje, el dibujo y parte de esa narración entrecortada que aplica Seth en *Wimbledon Green* viene de la influencia del estadounidense Chris Ware, quien durante más de tres décadas ha ido abriendo frontera en los cómics y mostrando otro tipo de estéticas. No en vano Seth inicia su libro así: “dedicado a mi amigo Chris Ware, que sigue mostrándome el camino”.

Wimbledon Green es una obra que surge directamente del cuaderno de dibujo de su autor y quizás por eso es un cómic fresco, suelto y divertido, que recuerda las historietas de antaño y que, al mismo tiempo, está parado estética y narrativamente en nuestros tiempos. Además es una obra sobre un asunto apasionante y que, al mismo tiempo, le ha hecho un daño terrible a las historietas: el coleccionismo. ■

truchafrita@gmail.com



¿Problema insoluble?

LUIS FERNANDO MEJÍA

*Creo que con el tiempo mereceremos
que no haya gobiernos.*
Jorge Luis Borges, 1970

La política es una actividad humana que requiere, más que otras, sensibilidad moral; reflexionar críticamente sobre uno mismo; asumir sin subterfugios las responsabilidades que incumben a los políticos; desplegar elegancia y tacto; ponerse en el lugar de los demás; ser humilde y moderado. Ser responsable ante algo que está por encima de mi familia, de mi país, de mi empresa, de mi propio éxito.

Así pensaba el dramaturgo y expresidente de Checoslovaquia Václav Havel, luego de haber gozado de un buen sueño y haber amanecido absolutamente optimista y con amnesia histórica. Registraba con elocuencia sus ingenuos deseos en lugar de verificar la sistemática realidad, como lo hacen sin mayor esfuerzo el común de los ciudadanos.

Tal vez, Václav Havel deseaba cambiar, con sus mejores palabras, la bien construida, precisa

y expresiva frase de Nicolás Maquiavelo: “La política es el arte de engañar”, concepto que casi nunca aceptan los políticos profesionales pero que soportan resignados los desprovistos de cualquier investidura de poder, como los individuos representados por Jorge Luis Borges que, sin contrariar un ápice al filósofo italiano del siglo xv, afirma categóricamente, en tiempos recientes, que los políticos “no son hombres éticos; son hombres que han contraído el hábito de mentir, el hábito de sobornar, el hábito de sonreír todo el tiempo, el hábito de quedar bien con todo el mundo, el hábito de la popularidad”. Y un hombre que tiene por qué saberlo, el expresidente norteamericano Ronald Reagan decía sin incomodarse que “se supone que la política es la segunda profesión más antigua de la tierra. He llegado a la conclusión de que guarda una semejanza con la primera”.

Si Maquiavelo, Borges y Reagan están en lo cierto, entonces, ¿estamos gobernados por los peores seres humanos? Pues sí, aunque Platón, desde muy temprano, proponía aparentemente un remedio: “El precio de desentenderse de la política es el ser gobernado por los peores hombres”. Por supuesto, muy loable y sabia la sugerencia del filósofo griego. Está invitando a no mantener una actitud pasiva frente a la vida política o temas de interés general. Dice que el costo de la indiferencia política es caer en manos de personas con los máximos títulos de mediocridad, lo que resulta evidente. Para que esto no ocurra, Platón aconseja un

comportamiento activo, preocupado, protagónico, es decir, convertirnos en políticos. Surge entonces una pregunta necesaria, ¿estos políticos salidos de las sillas de los espectadores estarán inmunes a los defectos personales señalados por Maquiavelo, Borges y Reagan? ¿Qué garantiza que los nuevos políticos no sean semejantes a los viejos políticos? ¿Cuántos políticos, con pésimos antecedentes, llegaron a los máximos cargos de dirección estatal estimulados por las palabras de Platón? ¿Por qué los grupos de oposición son decentes hasta que llegan a gobernar? ¿Será que, en general, el poder corrompe?

José Mujica, expresidente uruguayo, tal vez un político excepcional, que confirma la regla, sostiene que “hay gente que adora la plata y se mete en la política, si adora tanto la plata que se meta en el comercio, en la industria, que haga lo que quiera, no es pecado, pero la política es para servirle a la gente”. Sí, la política debe ser para servir a los demás, pero ¿cuántos

de nuestros antepasados más remotos, y cuántos de nosotros, cuando vemos un político, percibimos a un desinteresado servidor público? Acaso, ¿no percibimos a un vividor que en su accionar proyecta sus intereses particulares?

Hay un problema insoluble: para acabar con el mal hay que igualarse al mal. ¿Cómo no desentenderse de los políticos sin convertirse, a la vez, en político? Aparece, necesariamente, una dificultad insoluble que tiende a demorarse en las mentes más brillantes de este globo poblado de políticos. Por supuesto, si el mundo desaparece como algunos lo pronostican, es probable, por cuestiones del azar, que surja un planeta mejorado, integrado por individuos que se conforman con ser buenos ciudadanos y que chiflan a los que se atreven a presumir como voceros de amplios grupos humanos. Pero hay que esperar a que se acabe esto y que se vuelva a barajar. Sería un desenlace salomónico hecho de deseos, una esperanza fundada en una utopía. Pero ¿acaso el

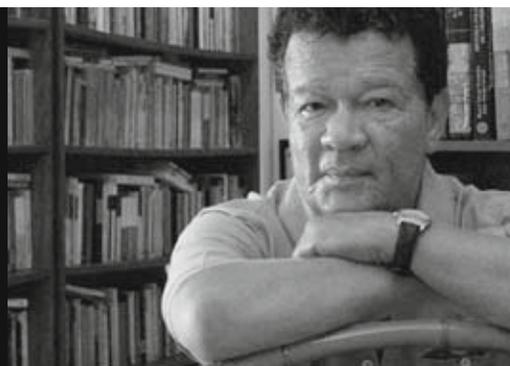
mundo actual, antes de los siglos de los siglos, no fue también fruto de una atrevida quimera?

Por supuesto, es conveniente advertir que lo anterior es un escrito ejecutado en Colombia, en el año 2015, es decir, con mal tiempo, y no en Noruega donde se disparan por año dos balas que no dan el blanco. ■

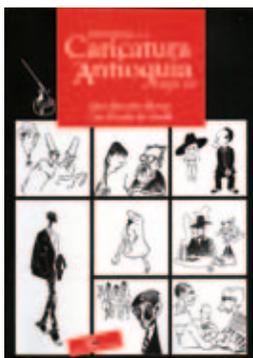
lfmejiav@gmail.com



El 17 de mayo murió en Bogotá
el escritor y periodista
Óscar Collazos.



Novedades



*Panorama de la
Caricatura en Antioquia
en el siglo xx*
Jairo Morales Henao
Luz Posada de Greiff
Bilioteca Pública
Piloto
Medellín - Colombia
2015
91 p.



*Elogio de la dificultad y
otros ensayos*
Estanislao Zuleta
Planeta
Bogotá - Colombia
2015
172 p.

80 años 1935-2015
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Cada vez que se abre un número de la *Revista Universidad de Antioquia* —cualquier número— puede uno estar seguro de la calidad, variedad e impacto de sus textos, desde las llamadas “minúsculas” iniciales —donde suelen campear excelentes textos breves de algunas de las más afiladas plumas de autores locales, como Andrés García Londoño, Eduardo Escobar, Paloma Pérez Sastre, Claudia Ivonne Giraldo e Ignacio Piedrahíta, entre otros— hasta las páginas finales, con sus rigurosas reseñas de libros recientes y los escritos sobre cine. Pero hay algo más, algo que para mí define la Revista más que cualquier otra característica y es su voluntad de abrir espacio a miradas, temas y vertientes de análisis novedosos, incluso pioneros, y esa misma voluntad de abrir sus páginas a creadores nacionales y extranjeros inéditos en nuestro medio o al menos muy poco conocidos.

Para probar mi punto, tomo al azar un número de mi colección personal. Sale la 295, como habría podido salir la 258 o la actual, la 320, por cierto una de mis predilectas. Y allí encuentro, para citar solo tres ejemplos entre una docena, un amplio reportaje al estupendo dramaturgo cubano Iván Acosta —de quien hasta entonces no se había escuchado hablar en Colombia—, un texto sobre el notable escritor y traductor español Juan Arnau —crecientemente conocido en nuestro país— y un breve y emotivo poema del tolimense Nelson Romero Guzmán, reciente ganador del Premio Casa de las Américas de Poesía.

Con su combinación de introspección panorámica en el acontecer cultural del presente y el pasado y una amplia y premonitoria ventana a los creadores que en un día no muy lejano marcarán pauta, no es de extrañar que nuestra querida Revudea llegue a su octava década plena de lozanía y juventud.

Juan Fernando Merino